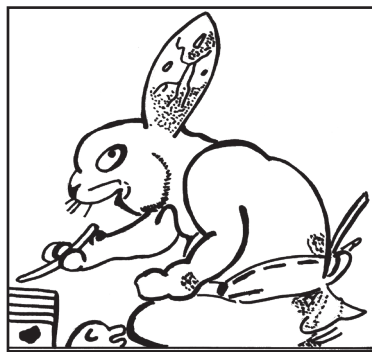


TECHNOLOGIE DU HARPONNAGE SUR LA CÔTE PACIFIQUE DU DÉSERT D'ATACAMA (NORD DU CHILI)

Benjamín Ballester Riesco



PARIS MONOGRAPHS IN
AMERICAN ARCHAEOLOGY 52

Access Archaeology





ARCHAEOPRESS PUBLISHING LTD

Summertown Pavilion

18-24 Middle Way

Summertown

Oxford OX2 7LG

www.archaeopress.com

ISBN 978-1-78969-027-9

ISBN 978-1-78969-028-6 (e-Pdf)

© Archaeopress and Benjamín Ballester Riesco 2018

Paris Monographs in American Archaeology 52

Series editor: Eric Taladoire

Couverture: Représentation de chasse marine de Theodor De Bry (1602: 435) selon les récits de Joseph d'Acosta sur le littoral ancien du Pérou

All rights reserved. No part of this book may be reproduced, stored in retrieval system, or transmitted, in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying or otherwise, without the prior written permission of the copyright owners.

This book is available direct from Archaeopress or from our website www.archaeopress.com

*“Y si del agua saltásemos a la piedra desértica,
¿Por qué no aceptar que, allá, no somos sino marinos
que surcamos el océano dormido de la pampa...?”*

Andrés Sabella
El Mar de Chile

REMERCIEMENTS

Cette recherche a été financée par le Projet chilien FONDECYT 1160045. Je souhaite remercier en tout premier lieu ma Directrice de recherche, Marianne Christensen, pour m'avoir accueilli si aimablement cet étudiant provenant d'un autre pays, parlant une autre langue, travaillant dans une autre région d'étude et avec une autre perspective de recherche. Ma reconnaissance va également à Francisco Gallardo, Marcela Sepúlveda, Alexander San Francisco et Alejandro Clarot pour leur soutien, leur affection et leur compagnie.

Merci aussi aux musées qui m'ont permis l'accès à leurs collections et dépôts pour ma recherche, particulièrement le Museo d'Antofagasta, avec Ivo Kuzmanik, Verónica Díaz, Héctor Ardiles et Nancy Montenegro ; le Museo de Mejillones, avec Adriana Méndez et Raul Mavrakis ; le Museo de Taltal, avec Rodolfo Contreras ; l'Universidad d'Antofagasta, avec Agustín Llagostera et Julio Cruz ; le Museo de San Miguel de Azapa de la Universidad de Tarapacá, avec Ivan Muñoz et Teresa Cañipa ; l'American Museum of Natural History de New York, avec Sumru Aricanli ; le Musée Quai Branly de Paris, avec Paz Núñez-Regueiro.

À toute l'équipe du projet FONDECYT 1160045 et 1110702, mais spécialement à Gloria Cabello, Estefanía Vidal, Elisa Calas, Rafael Labarca, Itací Correa, José Blanco, Patricio Aguilera, Constanza Pellegrino, Ignacio Gallardo, Clara Labarca, Martín Blanco, Santiago Labarca, Carolina Carrasco, William Pestle, Christina Torres-Rouff, David Torres-Rouff, Santiago Torres-Rouff, Carole Sinclair et Gonzalo Pimentel,

Aux différents chercheurs qui m'ont aidé de leurs précieux conseils et commentaires autour des harpons et la société littorale, notamment à Patricio Núñez, Daniel Quiroz et Alfredo Prieto.

Last but not least, merci à mes parents et à mes deux frères.

PRÓLOGO PARA UN ARPÓN ENTRE MAR Y DESIERTO

José Francisco Blanco¹

El libro que tiene usted ante sus ojos, puede describirse en justicia como un portal que lleva a muchos lugares. Conduce hacia ámbitos del conocimiento arqueológico, etnológico e histórico sudamericano previamente ignorados y, por lo mismo, inaccesibles. La llave que ha empleado su autor, Benjamín Ballester, para abrir esta puerta a los espacios interiores del *ethos* del cazador recolector marino de Atacama -recogida y recompuesta de inúmeros pedazos distantes-, es su arpón para la caza.

En mi modesta opinión, el examen tecnológico y tipológico que presenta, y su análisis comparado desde distintas ópticas, es un enorme salto cualitativo en la arqueología costera de este árido desierto. A continuación, ilustraré esta afirmación con algunas referencias generales², para comentar al final la obra, sus objetos arqueológicos y sus relaciones e implicancias consecuentes. Quisiera animar a lectores no especializados en prehistoria sudamericana o chilena, a la lectura de un trabajo pionero de calidad e interés que -con seguridad-, les será retributivo para sus propias reflexiones.

Del concierto macro-regional pacífico sudamericano (costas del Ecuador, Perú y Chile), y su literatura arqueológica, destacaré algunas obras que conceden agencia, complejidad y trascendencia histórica a las sociedades costeras desde perspectivas programáticas generales. Abundaré algo más en los datos regionales, pero sin olvidar sus contrapuntos negativos, a ponderar como causas o consecuencias. Ello situará en su devenir histórico al libro, en cuanto al pensamiento antropológico precedente; y, en cuyo contraste, resaltará su valor intrínseco. Notablemente, la mayoría son ejemplos recientes afines a los estudios sociales y culturales, a la etnohistoria y las arqueologías materialistas-históricas.

Evocaré primero al brillante artículo de María Rostorowski (1970), *Mercaderes del valle de Chíncha en la época prehispánica: un documento y unos comentarios*, donde se establece -a través del examen de documentos coloniales tempranos (s. XV)-, la existencia de un reino en opulencia, de *status* comparable al incaico, cuyas bases económicas se hallaban en el océano y el comercio marítimo a larga distancia en grandes embarcaciones. Evidencia contraria a la opinión del importante etnólogo y etno-historiador John V. Murra, quien desestimara la presencia de comercio o mercado en las sociedades “andinas” pre-conquista, en favor de otros modos económicos descritos por la antropología funcionalista clásica. En ellos, a pesar y en conciencia de Murra (cf. 2002[1975], 2002[1991]), el *mullu* (*Spondylus* sp.), concha marina de la costa ecuatorial, jugó un rol de enorme trascendencia económica, ceremonial y política de alcance continental, casi imposible de obviar, tanto como sus implicancias comerciales (Gallardo 2013; Marcos 1980).

El solo desarrollo de una entidad política semejante -si es que no hubo previas-, devino necesariamente de un largo proceso adaptativo, de desarrollos tecnológicos y de la precedencia de dispositivos socio-técnicos y prácticas propiamente marinas, convergentes a ella. Su emergencia requirió de la cristalización, encuentro y sinergia de tradiciones marítimas milenarias, cuyos objetos, relaciones y derivaciones no surgieron de la nada.

En respuesta al clamor en los ejemplos etnohistóricos previos por una arqueología más atenta a éstas cuestiones, puede destacarse el importante estudio crítico *The Maritime Foundations of*

¹ Programa de Doctorado de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires (UNICEN), Olavarría, Argentina. Universidad Alberto Hurtado. Proyectos FONDECYT 1181750 y 1160045.

² Advuértase que atenderé sólo a datos de la costa “atacameña”, al sur del río Loa, marco geográfico del libro. Tarapacá y Arica, al norte, requieren otras fuentes, que pueden buscarse en Santoro y colaboradores (2016).

Andean Civilization (Moseley 1975: 115), que desestabilizara el paradigma “agro-céntrico” formativo tradicional:

*“La civilización tiene el potencial de levantarse desde cualquier tipo de economía de subsistencia capaz de soportar una población sedentaria y densa con muchas personas viviendo en contacto diario con otros y con cierta cantidad de tiempo libre de la procura de alimentos”*³

Aunque a mí poco me preocupa el surgimiento de sea lo que fuera esa civilización -obsesión eurocéntrica decimonónica-, sino más bien la creatividad social en cualquier orden escalar; diferiré en que ella puede derivar de economías excedentarias, pero no de la subsistencial. Por otro lado, enervante y contradictoriamente, el último párrafo del mismo capítulo y libro, sepulta a las economías marítimas como medios de reproducción de las propias sociedades civilizadas iniciales que defiende:

*“...el desarrollo continuo de autoridad corporativa se sostiene en la ampliación de las instituciones que permiten a unos pocos organizar y a muchos trabajar. La pesca fue un callejón sin salida para el estado emergente, mientras que la agricultura e irrigación fueron las vías del control totalitario”*⁴ (Moseley 1975: 119).

De esto, comparto lo primero, pero no lo segundo. En cambio, por parsimonia, correlato etnográfico, registro documental -y razones políticas-, fue la hipótesis terrestre contraria, de complementariedad por pisos ecológicos de Murra (1972), el *archipiélago vertical*, la explicación que capturó más al imaginario antropológico y arqueológico andino y, también, atacameño. En ella, la costa fue sólo un nicho ecológico entre muchos, con recursos complementarios pero periférico en importancia, eclipsada por desarrollos alteños en apariencia auto-sustentables y aislada por el desierto más árido conocido. Parte de la interpretación arqueológica regional naufragó entre éstas “islas” que no estaban en el mar, sino en el altiplano y los valles, con el océano a lo lejos.

Pero esta idea, aunque resiliente (o pervasiva), resultaría a poco andar insuficiente, dada su dificultosa demostración arqueológica, más allá de los ejemplos iniciales. En cambio, Lautaro Núñez, observando en el desierto innumerables huellas y caminos con material arqueológico prehispánico que conectaban puna y costa, jalonados de arte rupestre monumental –geoglifos-, y sintetizando todo en el concepto de “tráfico caravanero” (Núñez 1976)⁵; giró la interpretación complementaria, hacia la zootecnia de camélidos e intercambio como motores del desarrollo de las sociedades complejas de Atacama.

El pastoralismo puneño, su importante producción alimentaria, su riqueza textil y la potencia de sus caravanas, permitirían un tráfico ya no sólo para la complementariedad subsistencial, sino que habilitarían también el enriquecimiento por intercambio de excedentes y/o distribución de *commodities*. Así, casi todos los cambios tecnológicos, las innovaciones y el desarrollo social, se atribuyeron preferentemente a los grupos de tierras altas. Ya no sólo la agricultura podría detonar complejidad, sino que también la ganadería, el tráfico y -con posterioridad- la riqueza mineral donde la hubiera.

En tanto, en la costa, nuestros pobres “changos”, “camanchacos” o “urus”, seguían igual que siempre, en más de lo mismo. Pero, Lautaro Núñez sabía ya entonces que milenios antes, durante el Arcaico Tardío, en la costa habían existido asentamientos “semi-sedentarios” con

³ La traducción es mía.

⁴ Ídem.

⁵ Análogamente a lo hallado por Henri Lhote (1961) en la meseta de Tasili, desierto del Sahara.

arquitectura y evidencia de recursos de orígenes tan distantes como las selvas orientales, más allá de los Andes (Núñez 1971). Los destinos lejanos y sus caminos debían, pues, estar establecidos desde antes que las caravanas fuesen imaginadas o posibles. Considerando ello, y en una más comprensiva –y a veces abstrusa- propuesta, Lautaro Núñez y Tom Dillehay (1979) presentan el notable ensayo *Movilidad giratoria, armonía social y desarrollo en los Andes Meridionales: Patrones de tráfico e interacción económica*, donde, en un balance general, todo lo que enuncia el título termina siendo privativo de los asentamientos sedentarios del interior, nuevamente.

Los ancestrales costeros, iguales –incluso pares, quizá parientes- de los cazadores terrestres durante el Arcaico (p.e. Núñez 1975), casi ni por asomo aparecen después. Los pobres peatones litorales se hallaban, pues, encerrados por un farellón de mil metros de piedra y el desierto más árido del mundo. Cualquier formalismo occidental aceptaría con facilidad la exclusión costeña dado ello, y en efecto, eso fue lo que ocurrió; su resultado fue una ilusión especialmente engañosa y duradera. Al menos, y juiciosamente, el modelo mantuvo a la costa dentro de la red regional de interacción, aunque en un rol falsamente pasivo sin movilidad intra regional, lo cual –quizá involuntariamente-, contribuyó a profundizar aún el relegamiento. Incluso su geografía llegaría a ser subsumida a los territorios nucleares del interior, en el peor ejemplo, como colgajo del área circumpuneña.

Con todo, la *movilidad giratoria* hizo aportes valiosos y fructíferos, de los que indico dos: a) contiene una forma embrionaria de la Arqueología Internodal (p.e. Núñez & Nielsen 2011); y, b) reconoció la importancia de formaciones sociales y económicas diversas en una red de interacción densa y extensa. Ello permitió la búsqueda y proposición de hipótesis alternativas para estudiar desarrollos sociales más ricos, menos unilineales y con estructuras flexibles; orientándonos a la comprensión de procesos sociales, prácticas e identidades, que otras arqueologías –formalistas occidentales modernas- suelen obliterar casi sin remedio.

En resumen, aunque existen noticias arqueológicas de la costa desértica de Atacama desde temprano en la literatura (p.e. Capdeville 1921 ; Latcham 1910 ; Sénéchal de la Grange 1903⁶), los procesos sociales y devenir histórico de sus habitantes desde el poblamiento inicial (ca. 13000 Cal AP) a la conquista (ca. 1532), han sido largamente ignorados e incomprensidos. Los datos acumulados en las primeras cinco o seis décadas de su estudio, conforman un confuso *maremagnum*, con pocas excepciones (p.e. Bird 1943 ; Núñez 1984).

Previo a los desarrollos arqueológicos comentados, la situación era quizá peor. Los habitantes de la árida y estéril costa de Atacama eran tenidos por meras comparsas, o antítesis indeseables de las sociedades y culturas andinas de cuyos logros tanto expoliara el proceso colonial y republicano occidental. Tratados por los cronistas y viajeros en términos despreciativos y degradantes, su existencia pasada y presente se volvió rutinariamente pasiva e irrelevante. Antes aún, incluso el Inka consideró a las gentes del agua –ya fueran del Titicaca o de la costa pacífica– como “Urus”, despectivo término para gentes errabundas e improductivas. Por otra parte, la expresión “chango” significa en la selva “mono”, o sea, menos que humano. También, se emplea hoy entre los más gentiles paceños del altiplano boliviano, para referirse a los niños pequeños... o sea, casi humanos. Resulta para mí incomprensible, a más de dos décadas de aprendidas estas cosas, que culturas que veneraron con profunda devoción a las grandes “cochas” como propio origen, se refieran a quienes viven en, y a través de ellas, de manera tan negativa.

Así, las sociedades costeras de Atacama fueron prácticamente olvidadas por la arqueología; y cuando se las recordó, resultaron algo maltratadas. Los modelos explicativos existentes son pocos y, aunque los hubo originales, la mayoría representa majaderías adaptativas o secuencias

⁶ Destaco éste trabajo de la *Mission Scientifique de Créqui Monfort et E. Sénéchal de la Grange*, expedición francesa al Altiplano –aunque presenta cuchillos y cabezales líticos de arpón como “puntas de flecha”-, pues entre las primeras fotografías a color de materiales líticos en Chile y de los arpones de Atacama.

de reemplazo de artefactos-tipo sin tipología analítica que las sostuviera. El anzuelo de concha, seguido por el de cactus, el compuesto, el de cobre... No existe aún un estudio tipológico, tecnológico y relacional apropiado -como el que aquí se presenta para los arpones-, que atienda al análisis del artefacto considerado como el más señero del cambio costero durante la mayor parte de su arqueología.

Los estudios/modelos de la década de 1980 más conocidos son tremendamente generalistas e imprecisos. Destaca la propuesta evolutiva de Bente Bittmann y Juan Munizaga (1984) y el modelo de “conquista” dimensional del mar de Agustín Llagostera (1982), en retrospectiva el más inteligente y novedoso de todos ellos, aunque de corte adaptativo y funcionalista tecnológico, con bio-indicadores *proxy* muy relativos.

Hasta principios de 1990, básicamente, sabíamos de las poblaciones costeras del litoral central (*sensu* Berenguer 2009), que estaban adaptados a su ambiente, que habían cambiado de tecnologías en el tiempo, que se habían mantenido como cazadores hasta el s. XX, y punto. Nada se sabía de su diversidad cultural, economía, relaciones sociales, movilidad, interacción intra y extra grupo o tecnologías... de entre una lista que podría prolongarse por páginas de desértica desolación.

A partir de entonces, la arqueología de Atacama ha dado vuelcos importantes, permitiendo descubrir cuestiones excepcionales. Algunos ejemplos, sólo para orientar a nuevos curiosos: el estudio de Carole Sinclair y colaboradores (1997) acerca de cerámicas del Loa superior o el ensayo tipológico pan regional de Mauricio Uribe (2004); los análisis textiles de Carolina Agüero y Bárbara Cases (2004); los de cabezales líticos y sistemas de propulsión (p.e. de Souza 2004); la caracterización de la industria de cuentas y micro perforadores de Charles Rees (1999); o, el estudio de Francisco Gallardo y Patricio de Souza (2008) sobre arte rupestre y modos de producción.

Probablemente, ello derivó de una multivocalidad teórica sabiamente cultivada, que tomó de lo antiguo lo útil y productivo y descartó el lastre innecesario. Una sabiduría de caminos, donde para entender sociedades siempre complejas y sorprendentes, hizo aparecer una “descripción densa”, más justiciera con el esfuerzo creador de las personas del pasado, que pudo abandonar generalizaciones, inventarios y modelos predictivos para cosas terriblemente simples en escalas geológicas o poblacionales. En Atacama, las barreras biogeográficas fueron vencidas, resulta ya obvia la intensificación, es palmario que la eficiencia es básica para la vida. Su conservación material redundante en múltiple evidencia de ello. Se hicieron pues preguntas más profundas y sutiles, algunas cuyos alcances pueden hallarse delineados décadas antes en las palabras de André Leroi-Gourhan (1964[1993]: 253)⁷, irremplazables en su claridad y concisión para introducir los comentarios que finalizan este prólogo.

“La vida técnica del cazador, y posteriormente del agricultor y el artesano, comprende un gran número de secuencias que corresponden a las muchas acciones necesarias para su sobrevivencia material. Estas secuencias son empíricas, tomadas desde una tradición colectiva que una generación pasa a la siguiente. Su característica principal, para la vasta unicidad de sus amplios límites y su extensión sobre vastos territorios poli étnicos, es su marcado carácter local e individual. Todo lo que los humanos hacen –herramientas, gestos, y productos también- está impregnado por la estética de un grupo y tiene una personalidad étnica....”

Pero, volviendo a la costa, la arqueología más densa ejemplificada antes es mucho más reciente (p.e. Gallardo *et al.* 2017), en consonancia con la historia de la investigación reseñada.

⁷ La traducción de la versión inglesa de la obra, es mía.

Básicamente, el único estudio tecnológico comparable a los ejemplos de tierras altas, en cuanto a refinamiento, extensión y profundidad, es el libro que está Ud. a punto de leer. Ofrece Benjamín Ballester en éste volumen un primer estudio tecnológico costero de erudición, parsimonia y concisión destacables.

Gracias a ésta síntesis analítica, podemos saber ahora, después de algo así como 100 años de datos dispersos, respecto de tipos, cronología y distribución geográfica, que: la caza marina con arpones aquí tendría que haber comenzado hace al menos 7000 años; que a partir de ca. 3000, se diversificaron sus tipos (tres); que uno es privativo del período Formativo (ca. 2500-1100 Cal AP); y que otro, último, sólo se desarrolló durante el período Intermedio Tardío (ca. 1000-450 AP). Por otro lado, sus distribuciones geográficas aparentan ser distintas, lo que podría asociarse al acceso diferencial a materias primas forestales.

Como he indicado al inicio de éste prólogo, este libro abre una puerta que conduce a otros lugares, lo mismo que los propios arpones, si se examinan desde un punto de vista material. Pudiendo haber sido confeccionados en un sistema material cerrado a lo marino, como en otros casos etnográficos y arqueológicos, provienen -en cambio- de enormes distancias tierra adentro en la aridez absoluta, y de variedad de fuentes: maderas que existen sólo en los oasis, a 60 kilómetros en el mejor caso; rocas, de distancias similares o mayores, que deben hallarse y tallarse en la mitad de la nada; huesos de guanaco que, o provienen de los oasis intra-montanos a más de 120 km, o -si existieron esos animales en la cordillera costera- hubieron de ser cazados y procesados allí; algodón, que hoy no existe en el área de estudio, aunque nada sabemos aún de su rol prehistórico.

En fin, materiales de lugares físicos a distancias mortales que requirieron, además, de un amplio abanico de habilidades técnicas para su explotación y procesamiento, y/o de otras personas en esos destinos. Resulta extraordinario que -como señala el autor-, para cazar en el mar, haya sido necesario realizar primero largos y peligrosos viajes al interior del desierto. Si ello se mantuvo así por varios miles de años, quiere decir que la lógica del menor esfuerzo y mayor retorno les tuvo a generaciones de personas sin ningún cuidado nunca, y que su identidad cultural -manifiesta en un instrumento tan central a ella- poseyó una solidez e integridad extraordinarias. Puede entonces entenderse ésta tecnología como un mapa de su territorio y/o, también, como un dispositivo mnemónico de sus relaciones sociales en ésas enormes distancias y diversas condiciones. El otro, lo otro, está presente también en el centro de su cultura.

Concuerdo con el autor en las perspectivas futuras que avizora, a lo cual agregaré que habremos de integrar comparativas inter-tecnológicas. La tecnología marina de éstos grupos incluye anzuelos, líneas de pesca, redes, pesas, chopes, poteras... y, embarcaciones, por cierto. Su vestimenta y tecnologías habitacionales también entregarán importante información. Pienso que, en la suma y diálogo de trabajos como el de Benjamín Ballester, hallaremos no sólo generalidades borrosas como los “Changos”, “Urus” o “Camanchacos”, sino que variedad de grupos con identidades distintas y quizá también especializaciones laborales, grupos de parentesco y economías políticas diversas.

Por último, transgrediré, como me es frecuente. Ya que Benjamín Ballester abrió esta puerta, y que la lucidez de Gaston Bachelard (2000 [1957]) habilita para razonamientos en el umbral, en lo entre-abierto, procederé a una etnología poética comparada breve -quizá desmañada en comparación a lo que ofrece el autor de éste volumen-, pero que entrega espacio a la imaginación antropológica para homenaje a esos cazadores en la distancia; y también a Benjamín, por su impulso a compensar el olvido, y por su generosa amistad.

Las Vertientes, agosto de 2018.

Dice
un amigo
etnoarqueólogo
conocedor de las cosas
de cazadores y su arsenal, que
serían tecnología de su yo particular.
Que no sólo servían para eso de pinchar,
sino que al humano entero, suelen representar
con muy poca ambigüedad. Identidad o mismidad,
evocación enteramente esencial y algunas cosas más.
Cuerpos y almas cazadoras, todo y partes, provenientes,
a crear su realidad. Es frecuente en un grupo, que los otros,
los demás, reconozcan en momentos, y con gran facilidad,
por su traza y porte enteros, y a total cabalidad, a quien ellas
pertenecen, por su sello personal, impregnado muy profundo
en entera unicidad. Van sus piedras y cordeles, maderamen,
emplumar, en directo y fatal vuelo para su presa alcanzar y
su vida terminar, en agonía pidiendo disculpas por matar,
y susurrándole al oído, tu dolor ya pasará.

Puede ser flecha perdida,
Saeta o dardo traspuesto,
un venablo desechado,
una lanza abandonada,
gran azagaya olvidada,
o también un fino arpón
en exequias ofrendado.

Los arponeros lejanos
del desierto en el hielo,
una fiesta celebraban,
por el alma de ballena,
para quien hacían días,
silencioso campamento.
Esperaban que reventara
una canción de novedad
pues al espíritu cetáceo,
la repetición molestará,
y al cazador escapará,
arpón y él se perderán.
¿Cómo serían la fiestas
de cazadores marinos,
en desiertos de arenas,
piedras y sal, sin agua,
en lejanísimos caminos?

REFERENCIAS CITADAS

- Agüero, C. & B. Cases. 2004. Quillagua y los textiles formativos del Norte Grande de Chile. *Chungara, Revista de Antropología Chilena*, Vol. Especial: 599-617.
- Berenguer, J. 2009. La costa, un lugar para vivir. Innovaciones tecnológicas y conquista económica del mar. En L. Cornejo (ed.) *Pescadores de la niebla. Los Changos y sus ancestros*, pp. 22-29. Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago.
- Bird, J. 1943. Excavations in northern Chile. *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History* 38 (4): 173-318.
- Bittmann, B. & J. Munizaga. 1984. Evolución en poblaciones precolombinas de la costa Norte de Chile. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 13: 129-142
- Capdeville, A. 1921. Notas acerca de la arqueología de Taltal II. Civilización Dolménica. *Boletín de la Academia Nacional de Historia* 3 (5): 256-261.
- De Souza, P. 2004. Tecnologías de proyectil durante los períodos Arcaico y Formativo en el Loa Superior (Norte de Chile): una aproximación a partir del análisis de puntas líticas. En *Actas del XV Congreso de Arqueología Chilena*, pp. 61-76. Arica.
- Gallardo, F. 2013. Sobre el comercio y mercado tradicional entre los Lupaca del siglo XVI: Un enfoque económico sustantivo. *Chungara, Revista de Antropología Chilena* 45 (4): 599-612.
- Gallardo, F. & P. De Souza. 2008. Rock art, modes of production and social identities during the Early Formative Period in the Atacama Desert (Northern Chile). En I. Domingo, D. Fiore & K. May (eds.) *Archaeologies of art: Time, place, and identity*, pp. 79-97. One World Archaeology, Left Coast Press, California.
- Gallardo, F., B. Ballester & N. Fuenzalida. 2017. *Monumentos funerarios de la costa del desierto de Atacama. Los cazadores-recolectores marinos y sus intercambios (500 a.C.-700 d.C.)*. CIIR & SCHA, Santiago.
- Latcham, R. 1910. *Los changos de las costas de Chile*. Imprenta Cervantes, Santiago.
- Leroi-Gourhan, A. 1964[1993]. *Gesture and Speech*. Bostock (Trad.). Massachusetts Institute of Technology, Massachusetts.
- Lhote, H. 1961. *Hacia el descubrimiento de los frescos del Tasili. La pintura prehistórica del Sahara*. Ediciones Destino, Barcelona.
- Llagostera, A. 1982. Tres dimensiones en la conquista prehistórica del mar. Un aporte para el estudio de las formaciones pescadores de la costa sur andina. En *Actas VIII Congreso de Arqueología Chilena*, pp. 217-245. Editorial Kultrún, Santiago.
- Marcos, J. 1980. Intercambio a larga distancia en américa: el caso del spondylus. *Boletín de Antropología Americana* 1: 124-129.
- Moseley, M. E. 1975. *The maritime foundations of Andean civilization*. Cummings Publishing Company, Menlo Park.
- Murra, J. V. 1972. El Control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas. En J. Murra (ed.) *Visita de la Provincia de León de Huánuco en 1562*, Vol. 2, pp. 427-476. Documentos para la historia y etnología de Huanuco y la Selva Central, Huanuco.
- Murra, J. V. 2002 [1975]. El tráfico de Mollu en la Costa del pacífico. En J. Murra (ed.) *El Mundo Andino: Población, Medio Ambiente y Economía*, pp. 171-179. Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial e Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- Murra, J. V. 2002 [1991]. Nos hacen mucha ventaja. La percepción europea temprana de los logros andinos. En J. Murra (ed.) *El Mundo Andino: Población, Medio Ambiente y Economía*, pp. 25-40. Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial e Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- Núñez, L. 1971. Secuencia y cambio en los asentamientos humanos de la desembocadura del río Loa en el Norte de Chile. *Boletín de la Universidad de Chile* 112: 3-25.

- Núñez, L. 1975. Dinámica de grupos pre-cerámicos en el perfil de la costa y altiplano. Norte de Chile. *Estudios Atacameños* 3: 59-74.
- Núñez, L. 1976. Geoglifos y tráfico de caravanas en el desierto chileno. En L. Núñez (ed.) *Volumen de Homenaje al R.P. Gustavo Le Paige*, pp. 147-201. Universidad del Norte, Antofagasta.
- Núñez, L. 1984. Secuencia de asentamientos prehistóricos del área de Taltal. *Revista Futuro* 8: 28-76.
- Núñez, L. & T. Dillehay. 1979. *Movilidad giratoria, armonía social y desarrollo en los Andes Meridionales: Patrones de tráfico e interacción económica (Ensayo)*. Universidad del Norte, Antofagasta.
- Núñez, L. & A. Nielsen. 2011. Caminante, sí hay caminos: Reflexiones sobre el tráfico sur andino. En L. Núñez & A. Nielsen (eds.) *En Ruta. Arqueología, Historia y Etnografía del Tráfico Sur Andino*, pp. 11-42. Grupo Editor Encuentro, Córdoba.
- Rees, Ch. 1999. Elaboración, distribución y consumo de cuentas de malaquita y crisocola durante el Período Formativo en la vega de Turi y sus inmediaciones, Subregión del río Salado, norte de Chile. En C. Aschero, A. Korstanje & P. Vuoto (eds) *Los tres reinos: Prácticas de recolección en el Cono Sur de América*, pp. 41-57. Instituto de Arqueología y Museo de Antropología, Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán.
- Rostworowski, M. 1970. Mercaderes del valle de Chíncha en la época prehispánica: un documento y unos comentarios. *Revista Española de Antropología Americana* 5: 135-177.
- Santoro, C., D. Osorio, P. Ugalde, M. Sepúlveda, I. Cartajena, V. Standen, E. Gayó, A. Maldonado, M. Rivadeneira, C. Latorre, B. Arriaza, F. Rothhammer, P. De Souza, C. Carrasco & L. Núñez. 2016. Cazadores, recolectores y pescadores arcaicos del desierto de Atacama. Entre el Pacífico y los Andes, norte de Chile (ca. 10.000 a 3.700 años a.p.). En F. Falabella, L. Sanhueza, M. Uribe, C. Aldunate & J. Hidalgo (eds.) *Prehistoria en Chile. Desde sus primeros habitantes hasta los incas*, pp. 117-180. Editorial Universitaria, Santiago.
- Sénéchal de la Grange, E. 1903. Pointes de flèches provenant de la baie d'Antofagasta (Chili). *L'Homme Préhistorique* 1(6): 161-165. Paris.
- Sinclair, C., M. Uribe, P. Ayala & J. González. 1997. La alfarería del Período Formativo en la región del Loa Superior: Sistematización y tipología. En *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomo 2, pp. 285-314. Contribución Arqueológica 5, Copiapó.
- Uribe, M. 2004. Alfarería, arqueología y metodología. Aporte y proyecciones de los estudios cerámicos del Norte grande de Chile. Tesis para obtener el Grado de Magíster en Arqueología. Universidad de Chile.

TABLE DES MATIÈRES

Remerciements	1
Prólogo	2
Introduction	11
Harponnage et chasse marine	12
Sociétés américaines de chasseurs de grandes proies marines	12
Définition du harponnage depuis la technologie comparée	14
Antécédents historiques sur la chasse marine dans le désert d'Atacama	17
Histoire et ethnographie : récits, chroniques et représentations	17
Préhistoire et archéologie : restes osseux et harpons	19
Art rupestre et représentations sociales	22
Problématique	25
Typologie	25
Aspects conceptuels et méthodologiques	25
Univers et corpus d'étude	27
Identification, enregistrement et analyse	27
Résultats	29
Éléments de la typologie : les attributs et leurs variantes	29
Expression de la typologie : la combinaison des variantes et la formation des types	32
Représentation des types	35
Le facteur dimensionnel : diversité interne et relations métriques	35
Distribution géographique des types	37
Synthèse	38
Du harpon aux harpons, et ensuite, vers le harponnage	38
Conclusion	44
Le harpon au-delà de la chasse	44
Perspectives Futures	47
Références Bibliographiques	48
Annexes	64
Annexe 1 Séquence historique de la côte du désert d'Atacama	64
Annexe 2 Tableau général des variantes pour chaque attribut technologique de la tête du harpon	68
Liste des Figures	70
Liste des Tableaux	70

Introduction

Les objets n'ont pas un seul *objectif*. Même les plus ordinaires, que nous utilisons quotidiennement, appartiennent aux sphères diverses et variées de la vie sociale (Norman 1988). L'idée moniste d'un artefact qui fonctionne exclusivement dans un champ restreint du social est irréaliste lorsque l'on réfléchit à la multiplicité des facettes, domaines et structures dans lesquels ils opèrent, relayés par les personnes et les collectivités. La vision fonctionnaliste traditionnelle d'un artefact perçu comme le moyen de satisfaire un besoin particulier limite excessivement les diverses perspectives possibles sur les objets, rendant invisible la pluralité des lignes, réseaux et rapports dans lesquels ils agissent avec et à cause de nous. En effet, les objets s'articulent toujours dans un *rangement*⁸ extrêmement complexe de valeurs parmi l'ensemble matériel et immatériel de la vie sociale, faisant partie active d'un système culturel des signes (Baudrillard 1968, 1972).

Quelquefois, s'échapper de la vision moniste enracinée est difficile, surtout pour les artefacts historiquement perçus comme des moyens destinés uniquement à accomplir une tâche spécifique. Les armes sont un cas et, parmi elles, les harpons un très bon exemple. De notre point de vue occidental et extérieur, analytique et qui cherche à tout expliquer de façon relativement simple, le chemin le plus facile est de comprendre le harpon selon son rôle dans l'activité la plus évidente : la chasse. Une voie qui semble beaucoup plus claire quand nous parlons de sociétés différentes à la nôtre, comme celles qu'étudient l'ethnographie et l'anthropologie, en raison d'une forte charge inconsciente d'évolutionnisme et d'ethnocentrisme qui nous fait penser en premier terme à la subsistance, et à son sommet, à la nourriture. Si nous ajoutons la variable temporelle, cette tendance évolutive est renforcée, nous affectant significativement comme archéologues.

Dans les années 1970, l'archéologue canadien Robert McGhee (1977) étudia les harpons thuléens de diverses collections de l'Arctique américain en essayant de comprendre pourquoi certaines classes d'objets étaient confectionnées en ivoire alors que d'autres étaient faites en bois animal ou os de mammifère marin. Les réponses traditionnelles tendaient vers l'efficacité technique et la disponibilité des matières premières, réflexions fondées sur des préceptes fonctionnalistes et technocratiques de la culture. Son étude déjà classique a démontré, au contraire, que derrière la manufacture et l'utilisation des harpons, il existait des variables beaucoup plus complexes et diverses que la simple activité pratique de la chasse ; de plus, elle a confirmé l'importance des valeurs symboliques et cognitives de ces catégories d'objets dans l'organisation sociale des Thuléens. Selon McGhee (1977), la confection et l'usage de ces objets étaient déterminés par des structures immanentes fondées sur l'opposition entre l'intérieur et la côte, la mer et la terre, l'hiver et l'été, comprenant respectivement les animaux et matières premières de chaque paysage. Ainsi les harpons, mais aussi d'autres catégories d'objets, opéreraient en tant que dispositifs actifs dans la structuration de l'organisation sociale thuléenne.

C'est seulement après avoir réfléchi sur ces concepts que nous pouvons entrer pleinement dans notre cas d'étude. Au nord du Chili se trouve le désert d'Atacama, un des plus secs et arides du monde, dont la côte Pacifique est un des plus riches écosystèmes marins du globe (McKay *et al.* 2003 ; Thiel *et al.* 2004). Des collectivités humaines ont habité ce littoral désertique depuis environ 11500 ans avant le présent préservant, dès lors et jusqu'à l'arrivée des premiers Européens au 16^{ème} siècle, un mode de vie basé presque exclusivement sur la chasse, la pêche et la cueillette de ressources sauvages (Castelletti 2007 ; Llagostera 1989 ; Salazar *et al.* 2015). Les récits écrits de l'époque du contact montrent une société spécialisée exploitant la mer, utilisant des embarcations et des instruments d'acquisition comme hameçons et harpons

⁸ Le concept de *rangement* est largement développé par Jean Baudrillard (1968).

(Ballester *et al.* 2010 ; Bittmann 1984 ; Larraín 1978), une image historiquement liée aux besoins de subsistance dans un environnement isolé et presque inhabitable. Dans ce sens, encore aujourd'hui, le harpon est conçu univoquement comme un outil de subsistance, un media destiné à la chasse, une façon de satisfaire les premiers besoins de ces « pauvres et primitifs » chasseurs-cueilleurs du désert d'Atacama, ceux qui habitaient en marge –et marginalisés- du monde andin développé.

Pour couronner le tout, cette image traditionnelle s'est dessinée à partir d'une méconnaissance presque absolue du dispositif du harponnage, fondée uniquement sur de brefs et partiels commentaires de sa présence dans des sites archéologiques, sans qu'il n'existe aucune définition et synthèse de ses aspects technologiques et fonctionnels, encore moins des détails de sa composition, comme ses parties constitutives, une typologie, leur morphologie et les matières premières utilisées. Pour commencer à discuter les valeurs du harpon au-delà de la chasse, il est fondamental de connaître d'abord pleinement ces derniers éléments, afin de construire une base archéologique et matérielle solide pour pouvoir réfléchir ensuite sur la multiplicité des aspects sociaux dans lesquels le harpon était impliqué en tant qu'objet, et comme tel, en tant que signe.

Ainsi, notre travail explore la valeur du harpon dans la société littorale du désert d'Atacama, définissant premièrement le harponnage depuis la « technologie comparée » avec des cas ethnographiques et archéologiques pour illustrer sa fonction principale, son contexte d'usage et sa définition matérielle, mais aussi les valeurs sociales, symboliques et culturelles de la chasse dans différentes sociétés côtières américaines. Ensuite nous essayerons de montrer la place de la chasse marine et du harpon dans la société littorale du désert d'Atacama à partir des données historiques, ethnographiques et archéologiques locales. Nous caractériserons ensuite l'univers des harpons existants et l'échantillon d'étude choisi pour notre recherche. En termes pratiques, notre analyse et notre travail seront concentrés sur la construction d'une première typologie des têtes du harpon fondée sur des critères et attributs dérivés de la « technologie comparée », pour ultérieurement pouvoir discuter leur distribution géographique et chronologique dans la région d'étude. Avec ces éléments initiaux, il sera alors possible de réfléchir finalement à la technologie du harponnage et de rejoindre, au moins partiellement et de forme préliminaire, les valeurs du harpon au-delà de la chasse.

HARPONNAGE ET CHASSE MARINE⁹

Sociétés américaines de chasseurs de grandes proies marines

L'histoire, l'ethnographie et l'archéologie démontrent que la chasse des grandes proies marines était fréquente dans certaines sociétés de chasseurs-cueilleurs côtiers du continent américain. En outre, elles mettent en évidence que, dans quelques cas, la chasse acquiert un rôle fondamental dans leur mode de vie, non seulement pour le bénéfice alimentaire généré, mais aussi en tant que pilier dans les processus de construction socio-culturelle, en convertissant ces animaux et les chasseurs en agents mythologiques actifs et en référents représentationnels de leur univers symbolique et imaginaire social (Acosta 1590 ; Bockstoce 1976 ; Caulfield 1993 ; Chapman 2012; Coté 2010 ; Krupnik 1987 ; Krupnik & Kan 1993 ; Lantis 1938 ; Larsen & Rainey 1948 ; Mulville 2002 ; Paton & Savelle 2006 ; Porcasi & Fujita 2000 ; Quiroz 2015 ; Reeves 2002 ; Waterman 1920).

⁹ Nous avons délibérément conservé le terme de chasse, plutôt que celui de pêche, préféré par Philippe Béarez, d'une part parce que le terme est consacré dans la littérature et dans les publications anthropologiques, d'autre part parce que, d'après notre approche théorique, la pêche et la chasse font référence à des rapports humains-animaux différents (Ballester 2017a).